

CARLOS MORO

PASIÓN POR LA TIERRA, PASIÓN POR LA EMPRESA

Todo lo que he aprendido con la aventura de
crear las Bodegas Familiares Matarromera



Prólogo de
CARLOS ESPINOSA
DE LOS MONTEROS

DEUSTO

Pasión por la tierra, pasión por la empresa

Todo lo que he aprendido con la aventura
de crear las Bodegas Familiares Matarromera

CARLOS MORO



EDICIONES DEUSTO

© Bodega Matarromera SL, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3018-5

Depósito legal: 1.374-2019

Primera edición: febrero de 2019

Preimpresión: Medium Preimpressió

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prólogo	11
Introducción. Un despacho con vistas	17

PRIMERA PARTE

Pasión por la tierra

1. La tierra y los ancestros	23
2. Madrid, principios de los setenta	29
3. Ver mundo	34
4. Una carrera llena de retos	40
5. Volver a la tierra	47
6. Emprender no es tarea fácil	53
7. Primera cosecha... ¡y primer éxito!	58
8. Cigales, el tesoro escondido	64
9. Emina: un proyecto largamente acariciado	67
10. Crecimiento y diversificación	73
11. Vinos ecológicos y sin alcohol	80
12. Diversificación: no sólo de vino vive Matarromera	88

13. Valle de los Olivos	95
14. Una pica en La Rioja.	102
15. Vinos de autor:	
un paso más hacia la excelencia	107
16. La apuesta por el enoturismo	113

SEGUNDA PARTE
Pasión por la empresa

17. Conocer el pasado para construir el presente . .	121
18. Innovación:	
nuestra principal seña de identidad	126
19. Sostenibilidad, mucho más que una palabra . . .	137
20. Economía esférica	143
21. Vender, vender, vender	146
22. De Valbuena al mundo	150
23. Honradez, el valor más importante.	154
24. Más valores:	
autenticidad, esfuerzo, ejemplaridad	158
25. Liderazgo y equipo	166
26. Juntos somos más	173
27. El valor de la comunicación	179
28. Vino, arte y cultura	187
29. El futuro	191
Agradecimientos	201

La tierra y los ancestros

Cuando uno es padre (y yo lo soy de dos maravillosas mujeres) y abuelo (de cinco maravillosos nietos), se da cuenta de que ya no es principio ni fin, sino un eslabón en la imparable carrera de la vida hacia sí misma. Y que para definirse uno mismo y definir su lugar en el mundo, tiene que mirar atrás y ver de dónde viene. En mi caso, provengo de una saga de agricultores que han cultivado viñas y bodegas durante siglos en la provincia de Valladolid. Soy, por decirlo de otro modo, hijo, nieto, biznieto y tataranieto de viticultores. Alguien podría decir que, dados estos precedentes, estaba predestinado a convertirme yo mismo en viticultor, pero lo cierto es que durante una parte de mi vida la cosa no estuvo tan clara, como contaré más adelante.

Mi abuelo, Ursicino Moro, era un hombre muy inteligente, según cuentan. Era el mayor de diez hermanos. Aunque tenía tierras, se hizo funcionario de aranceles y re-

caudador de contribuciones, y le asignaron la zona de Valoria la Buena, cerca de Cigales, al norte de Valladolid. Sin abandonar las tierras familiares que poseía en Valbuena de Duero, se fue a Valoria y allí retomó de nuevo la agricultura, la viticultura y las bodegas. De ahí me viene que, en 1998, poco más de una década después de fundar Matarromera, creara la bodega Valdelosfrailes en la Denominación de Origen Cigales, una D.O. pequeña pero cada vez más conocida y apreciada por los aficionados y, sobre todo, por los entendidos.

A mi padre, como era tradición, le pusieron el nombre del suyo: Ursicino, nombre romano que significa «hombre fuerte» o también «osuno» (del latín *ursus*, o sea, «oso»). Él, a su vez, me lo puso a mí cuando nací en Valladolid el 17 de abril de 1953, en concreto en la casa que mis padres tenían en el número 30 de la calle Panaderos. Del nombre bautismal completo, Luis Carlos Ursicino, quedó sólo el del medio, supongo que porque los tiempos mandan y lo de Ursicino empezaba a sonar antiguo.

Mi padre, que vivía casi todo el tiempo en Valbuena de Duero, empezó a estudiar en la Escuela de Comercio, pero llegó la Guerra Civil y no pudo acabar. Tuvo que ayudar a mi abuelo con la agricultura, las bodegas, la recaudación y otras tareas. Cuando se casó con mi madre, se hizo cargo también de las tierras de su familia. Elaboraba, junto con mi tío, vino para la venta, no para consumo propio, como muchas otras pequeñas bodegas familiares.

Aunque yo vivía y estudiaba en la ciudad, o sea, en Valladolid, pasaba todas las vacaciones en Olivares y Valbuena de Duero ayudándole en la agricultura. Aquello hizo que tuviera con él una relación muy estrecha. Me

enseñó todo lo que sabía de viticultura, que era mucho, pues atesoraba el conocimiento acumulado a lo largo de generaciones y generaciones. No me daba lecciones magistrales, sino que más bien me enseñaba lo que tenía que hacer, con algunas explicaciones, pero sin mucha retórica, con las palabras justas. Aprendía más estando a su lado y haciendo lo que me mandaba que escuchándolo.

Con diez o doce años ya me ocupaba de asuntos de cierta responsabilidad, como negociar la venta de la lana, pues también teníamos rebaños de ovejas. Así fue como me familiaricé con la idiosincrasia de las gentes de las tierras castellanas, algo que a la postre, después de las peripecias vitales que más adelante detallaré, me ha servido de mucho.

De aquella época conservo la costumbre de madrugar, pues en verano mi padre me despertaba a las tres o a las cuatro de la madrugada para ir al campo antes de que cayera el sol a plomo. Algunos que buscan huecos en mi currículum me acusan de no pertenecer al mundo del vino, de ser ingeniero y venir de Madrid, pero yerran: provengo de estas tierras, de Valbuena, de Olivares, de Piña (mi madre, María Consolación González García, nació allí, junto al río Esgueva), y las he mamado desde pequeño. Soy muy agricultor cualitativa y cuantitativamente, y por todos los costados, pues mi abuelo materno, Ángel González, además de veterinario y gran emprendedor, también tenía bodega propia.

Mi padre se encargaba de dos explotaciones, una en Olivares y otra en Valbuena. Entre toda la familia teníamos cinco bodegas: además de las de Valbuena y Olivares, una en Piña y dos en Valoria. También plantábamos trigo

y remolacha, pues el Ministerio de Agricultura de la época promocionaba su cultivo porque no había importación y faltaba azúcar. Era un hombre muy activo, no paraba, y sin embargo tenía tiempo para todo el mundo. Ayudó a mucha gente. Por aquel entonces no había soporte social y él cumplía esa función para muchas familias. Contrataba, para que tuvieran seguridad social, a muchas mujeres, que se encargaban de escardar la remolacha y quitar las hierbas. Fue un ángel de la guarda para toda aquella gente.

Como digo, de pequeño lo acompañaba y le sostenía la pajuela de azufre para quemar y desinfectar, o el carburo para alumbrar cuando todavía no había electricidad. Y en septiembre participaba en la vendimia, que era una verdadera fiesta. Los chavales nos juntábamos para sacar los terreros, los conachos, las compuertas, y las mujeres cortaban la uva. Al final celebrábamos «la maña», la fiesta de fin de tareas, y a los pequeños nos daban pan con vino para merendar e incluso nos dejaban beber con moderación.

El resto del año estudiaba en Valladolid. De los cuatro a los siete años lo hice en Las Francesas y luego en el Colegio San José de los jesuitas. Recuerdo que tuve que hacer un examen de acceso y lo aprobé. Lo celebramos en Casa Mateo mi abuelo, mi padre y yo. O sea, tres Ursicino Moro en una misma mesa, algo que seguro podría figurar en el Libro Guinness de los Récords.

Desde el principio, mis padres tuvieron clara la importancia de una buena formación. Incluso durante los meses de verano, mi padre me obligaba a dedicar un par de horas diarias a estudiar. No es que hiciese mucho, para qué vamos a engañarnos, pero al menos repasaba y leía.

Uno de aquellos veranos, ya con dieciséis años, mi padrino, que era médico y vivía en Bilbao, le dijo a mi padre: «Si os parece bien, me llevo al chaval unos días a Bilbao conmigo». Tenía ganas de salir de Valladolid, así que me pareció genial la propuesta. Estando en Bilbao, vi que había autobuses a Francia, y como tenía ganas de visitar Burdeos, pedí el permiso paterno correspondiente y, una vez obtenido, me fui para allá con lo puesto y calderilla en el bolsillo. El autobús me dejó en San Juan de Luz, de ahí a Biarritz y luego un tren nocturno (para ahorrarme una noche de hotel) hasta Burdeos. Pasé muy poco en la ciudad francesa, apenas el tiempo justo para dar una vuelta, comprarme una botella de vino (Burdeos, no hay ni que decirlo) y volver. De vuelta hice noche en un banco frente a la playa en Biarritz, entre otras cosas porque me había gastado parte del dinero en la botella de vino. Al día siguiente, llegué sano y salvo a Bilbao, contento de mi aventura. Por cierto, la botella de Burdeos la guardé con tanto celo que no llegué a abrirla nunca.

Cuando terminé el bachillerato, mi padre me empujó a seguir estudiando. No quería que me dedicase a la agricultura, le parecía una vida demasiado dura y arriesgada. Quería que estudiase para tener otras opciones. En aquel momento no se me ocurrió llevarle la contraria. Eran otros tiempos y no podía uno replicarle a su padre sin arriesgarse a una buena reprimenda. Pero es que, además, la idea no me disgustaba. Así que hice primero de Ingeniería en Valladolid y fui uno de los cuatro que aprobamos en junio (de trescientos). Parecía claro que aquello se me daba bien, de modo que mi padre me buscó un colegio mayor en Madrid, el Jaime del Amo (en la aveni-

da de la Moncloa) y me envió a estudiar a la Escuela de Ingenieros Agrónomos.

Corría el año 1970 y empezaba para mí una nueva vida, lejos de Valladolid y de los viñedos de Olivares y Valbuena. Lejos de la tierra. De mi tierra.